



PRÓLOGO

LA RESURRECCIÓN Y EL REGRESO

El Este atravesaba una época de grandes celebraciones. Los desfiles marchaban diariamente por las calles del pueblo; cada hogar y tienda estaba decorado con estandartes coloridos y guirnaldas, y los pétalos de flores lanzados en el aire flotaban por doquier. Cada ciudadano sonreía, orgulloso de lo que recientemente habían logrado.

Le había llevado más de una década al Reino Durmiente recuperarse por completo de la terrible maldición del sueño del pasado, pero al fin el reino había vuelto a ser la nación próspera de antes. Los habitantes del reino se adentraron al futuro, reclamando su hogar como el Reino del Este.

La semana de festejos concluyó en el salón principal del castillo de la Reina Bella Durmiente. Estaba tan atestado de invitados que parecía que todo el reino se encontraba allí; muchos tuvieron que pararse o sentarse en los alféizares de las ventanas. La reina, su esposo –el Rey Chase– y el consejero real estaban sentados en una mesa alta con vista a la celebración.

En medio del salón, un pequeño espectáculo tenía lugar. Los actores representaron el bautismo de la Bella Durmiente, mostrando a las hadas que la habían bendecido y a la Hechicera malvada que la había maldecido con morir al pincharse el dedo con el huso de una rueca. Por suerte, otra hada alteró la maldición, así que cuando la princesa por fin se pinchó el dedo, ella y todo el reino simplemente se quedaron dormidos. Durmieron durante cien años y los actores disfrutaron recrear el momento en el que el Rey Chase la besó y despertó a todos.

–Creo que es hora de deshacernos de los regalitos que nos dio la reina –gritó una mujer desde el fondo del salón. Se puso de pie sobre una mesa y, con alegría, señaló su muñeca.

Todos los habitantes del reino llevaban una bandita elástica hecha de savia de árbol alrededor de la muñeca. El año anterior, la Reina Bella Durmiente les había indicado que, cada vez que sintieran fatiga innecesaria, jalaran de la bandita para que los pellizcara. El truco ayudó a los ciudadanos a mantenerse despiertos, combatiendo los efectos prolongados de la maldición.

Por suerte, las banditas ya no eran necesarias. Todos los presentes en el salón principal se las arrancaron de la muñeca y las lanzaron al aire con alegría.



–Su Majestad, ¿nos contaría de nuevo dónde aprendió tan impresionante truco? –le preguntó un hombre a la reina.

–Creerán que es extraño cuando se los diga –respondió la Bella Durmiente–. Lo aprendí de un niño. Él y su hermana estaban de visita en el castillo hace un año. Él dijo que había utilizado una banda elástica para mantenerse despierto en la escuela y sugirió que el reino probara su truco.

–¡Increíble! –exclamó el hombre y rio junto a ella.

–Fascinante, ¿verdad? Creo que las ideas más extraordinarias provienen de los niños –dijo la reina–. Si todos pudiéramos ser tan perceptivos como ellos, encontraríamos que las soluciones más sencillas a los problemas más grandes están justo frente a nuestras narices.

La Bella Durmiente golpeó suavemente el lateral de su copa con la cuchara. Se puso de pie y le habló a la multitud expectante.

–Amigos míos –dijo ella, alzando la copa–. Hoy es un día muy especial en nuestra historia e incluso uno aún mejor para nuestro futuro. A partir de esta mañana, los acuerdos comerciales de nuestro reino, la producción de cultivos y la conciencia general no solo se han restituido, ¡sino que han *mejorado* desde que la maldición del sueño cayó sobre estas tierras!

La ovación de sus súbditos fue tan fuerte, que la alegría hizo temblar el castillo. La Bella Durmiente miró a su lado y compartió una sonrisa cálida con su esposo.

–No debemos olvidar la horrible maldición del pasado, pero cuando reflexionemos acerca de esa época oscura, recordemos cómo triunfamos y la vencimos –prosiguió la Bella Durmiente. Unas lágrimas pequeñas invadieron sus



ojos-. Que sea una advertencia para todo aquel que intente interferir en nuestra prosperidad: ¡el Reino del Este está aquí para quedarse y resiste unido ante cualquier fuerza del mal que se interponga en nuestro camino!

El rugido de aprobación fue tan fuerte que hizo que un hombre se cayera, literalmente, del alféizar en donde estaba sentado.

-¡Nunca me he sentido más orgullosa de estar entre ustedes que esta noche! ¡Brindo por ustedes! -exclamó la reina exultante, y el salón se le unió y bebieron de sus vasos.

-¡Viva la Reina Bella Durmiente! -gritó un hombre en medio del salón.

-¡Viva la reina! -el resto vitoreó junto a él-. ¡Viva la reina! ¡Viva la reina!

La Bella Durmiente los saludó con gracia y tomó asiento. La celebración continuó hasta más tarde, pero justo antes de la medianoche, una extraña sensación se apoderó de la reina, un sentimiento que no había experimentado en años.

-Pues, ¿no es curioso? -se dijo a sí misma la Bella Durmiente, mirando en la distancia con una sonrisa.

-¿Sucede algo malo, mi amor? -preguntó el Rey Chase.

La Bella Durmiente se puso de pie y se dirigió hacia la escalera que estaba detrás de ellos.

-Tendrás que disculparme, cariño -le dijo la reina a su esposo-. Tengo bastante *sueño*.

Estaba tan sorprendida de decirlo como él de escucharlo, porque la Bella Durmiente no había dormido en años. La reina le había hecho la promesa a su pueblo de que no descansaría hasta que el reino estuviera apropiadamente restablecido; ahora, al ver a su alrededor todos los rostros felices



del salón, tanto el rey como la reina sabían que la promesa había sido cumplida.

–Buenas noches, mi amor, que descanses –dijo el Rey Chase y besó su mano.

En sus aposentos, la reina se puso su camisón favorito y se deslizó dentro de la cama por primera vez en más de una década. Se sentía como si estuviera reencontrándose con viejos amigos. Había olvidado la sensación de las sábanas frías contra sus piernas y brazos, la suavidad de su almohada y la sensación de hundimiento mientras se acomodaba en el colchón.

Podían oírse los sonidos de la celebración en la recámara de la reina, pero a ella no le importaba: en realidad, la relajaban. La Bella Durmiente respiró hondo y se sumió en un sueño muy profundo, casi tan profundo como el que experimentó durante la maldición de los cien años, excepto que sabía que ahora podía despertar cuando quisiera.

En el salón principal, el festejo por fin acabó. Apagaron las lámparas y las chimeneas de todo el castillo. Los sirvientes terminaron de limpiar y se retiraron a sus cuartos.

Por fin, todo estaba en silencio en el castillo. Pero unas horas antes del amanecer, el silencio se rompió.

La Bella Durmiente y el Rey Chase despertaron con los golpes atronadores en la puerta de su habitación. De inmediato, el rey y la reina se incorporaron.

–*¡Su Majestad!* –gritó un hombre desde el otro lado–. *¡Discúlpeme, pero tenemos que entrar!*

La puerta se abrió de golpe y el consejero real ingresó en la habitación, seguido por una docena de guardias armados. Rodearon la cama.



–¿Qué rayos está sucediendo? –gritó el Rey Chase–.
¿Cómo se atreven a irrumpir en nuestra...?

–Lo siento mucho, Su Alteza, pero debemos poner a salvo a la reina de inmediato –dijo el consejero.

–¿A salvo? –preguntó la Bella Durmiente.

–Se lo explicaremos en el camino, Su Majestad –respondió el consejero–. Pero ahora mismo debemos subirla al carruaje lo más rápido posible; *solo a usted*. Viajar sola será mucho más discreto que un carruaje que los transporte a usted y al rey.

El consejero la miró con ojos frenéticos, rogándole que obedeciera. La reina se paralizó.

–¡¿Chase?! –exclamó la Bella Durmiente y miró a su esposo; no estaba segura de qué hacer.

El rey no sabía qué decir.

–Si ellos dicen que necesitas marcharte, debes hacerlo –fue todo lo que pudo emitir.

–No puedo dejar a mi pueblo –replicó la Reina Bella Durmiente.

–Con todo respeto, Su Majestad, no le sirve a nadie muerta –dijo el consejero.

La reina sintió que el estómago le daba un vuelco. ¿A qué se refería con *muerta*?

Antes de que la Bella Durmiente pudiera reaccionar, los guardias la levantaron de la cama, poniéndola de pie. La escoltaron con rapidez hacia la puerta junto al consejero. Ni siquiera tuvo la oportunidad de despedirse.

Bajaron corriendo una escalera en espiral que llevaba a los niveles más bajos del castillo. La reina sentía la aspereza de los escalones de piedra contra sus pies descalzos.



–;Alguien dígame que está sucediendo, por favor! –pidió la Bella Durmiente.

–Debemos sacarla del reino cuanto antes –replicó el consejero.

–¿Por qué? –preguntó, comenzando a luchar contra los guardias que la acompañaban. Nadie respondió, así que ella se detuvo en medio de las escaleras, sólida como una roca–. ¡No daré ni un paso más hasta que alguien me informe! ¡Soy la reina! ¡Tengo derecho a saber!

El rostro del consejero se tornó pálido.

–No quiero asustarla más, Su Majestad –dijo, mientras le temblaba la mandíbula–, pero poco después de la medianoche, luego de que todos los invitados habían regresado a casa, dos soldados que estaban de guardia cerca del frente del castillo vieron un destello de luz brillante, y una *rueca* apareció de la nada.

Los ojos de la Bella Durmiente se abrieron de par en par y el color se desvaneció de su rostro.

–Creyeron que no era nada grave; que tal vez se trataba de una broma tonta para arruinar nuestra fiesta de esta noche –continuó–. Los soldados se acercaron a inspeccionar la rueca y luego estalló en llamas. En cuanto lo hizo, algo más sucedió.

–¿Y qué fue eso? –preguntó ella.

–Las enredaderas y los arbustos de espinas que cubrieron el castillo durante la maldición del sueño (las plantas que podemos y lanzamos dentro del Pozo de Espinas) están *creciendo de nuevo* –respondió él–. Jamás he visto algo crecer tan rápido; la mitad del castillo ya está cubierto. Las plantas están consumiendo el reino entero.



–¿Estás diciéndome que la maldición del Pozo de Espinas se ha extendido a lo largo de todo el reino? –preguntó la Bella Durmiente.

–No, Su Majestad –dijo el consejero, tragando con dificultad–. Esa solo era la maldición de una vieja bruja. Esto es magia negra, *¡una magia negra muy poderosa!* El tipo de magia a la que nuestro reino ha estado expuesto antes solo una vez.

–*No* –la Reina Bella Durmiente dio un grito ahogado y cubrió su boca con las manos–. No querrás decir...

–Sí; me temo que sí –dijo el consejero–. Ahora, por favor, coopere con nosotros; debemos sacarla del reino lo antes posible.

Los guardias sujetaron de nuevo a la reina y se adentraron más en las profundidades del castillo; esta vez, ella no opuso resistencia. Corrieron por las escaleras hasta que no hubo más escalones que bajar. Atravesaron un par de puertas de madera y la Bella Durmiente notó que estaban en los establos del castillo.

Había cuatro carruajes frente a ella. Cada uno de ellos estaba rodeado de una docena de soldados a caballo, listos para partir en cualquier segundo. Tres de los carruajes eran brillantes y dorados, y pertenecían a la colección personal de la reina, pero a ella la escoltaron hacia el cuarto, que era pequeño, opaco y sencillo. Los soldados que rodeaban ese carruaje no llevaban armaduras al igual que el resto, sino que estaban disfrazados como granjeros y aldeanos.

Los guardias subieron a la reina al carruaje. Apenas había lugar dentro para que ella se sentara.

–¿Y mi esposo? –preguntó la Bella Durmiente extendiendo la mano para evitar que cerraran la puerta detrás de ella.



–Él estará bien, señora –respondió el consejero–. El rey y yo viajaremos en cuanto los carruajes falsos estén en marcha. Hemos tenido esto planeado en caso de que el castillo estuviera alguna vez bajo ataque. Confíe en mí; es la forma más segura.

–¡Yo nunca autoricé esos planes! –exclamó la Bella Durmiente.

–No, fue una orden de sus padres –respondió el consejero–. Fue una de las últimas instrucciones que dieron antes de morir.

Esa noticia hizo que el corazón de la reina latiera aún más rápido. Sus padres habían pasado la mayor parte de sus vidas tratando de protegerla y ahora, incluso desde la muerte, todavía lo intentaban.

–¿A dónde iré? –preguntó ella.

–Por ahora, al Reino de las Hadas –dijo el consejero–. Estará más segura con el Consejo de las Hadas. Enviaremos a los carruajes falsos en otras direcciones, como distracción. Ahora, debe apresurarse.

La empujó con suavidad para que terminara de subir al carruaje y cerró la puerta con firmeza detrás de ella. Ni siquiera la docena de guardias a su alrededor le servía como consuelo. Sabía que la situación excedía su capacidad de protegerla.

El consejero asintió en dirección a los carruajes falsos y los vehículos salieron a toda velocidad. Pocos minutos después, le hizo la misma seña al cochero de la reina y, como una bola de cañón, el carruaje de la Bella Durmiente salió disparado hacia la noche, con los caballos galopando a toda velocidad.



A través de las ventanas diminutas de su carruaje, la Bella Durmiente vio los horrores que el consejero había descrito.

Vio soldados y sirvientes dispersos por todos los terrenos del castillo, luchando contra los malvados arbustos de espinas y las enredaderas que crecían a su alrededor. Las plantas brotaban directo del suelo y los atacaban, como serpientes que se enrollaban alrededor de sus presas. Las enredaderas trepaban por el exterior del castillo, rompiendo ventanas y sacando personas de adentro, tambaleándolos en el aire a cientos de metros del suelo.

Espinas y enredaderas salieron disparadas hacia el carruaje de la Bella Durmiente, pero los soldados se apresuraron a cortarlas con sus espadas.

La Reina Bella Durmiente nunca se había sentido tan impotente en su vida. Vio aldeanos, algunos próximos a su carruaje, sucumbir ante los monstruos frondosos. No había nada que pudiera hacer para ayudarlos. Lo único que podía hacer era observarlos y esperar conseguir ayuda una vez que llegara al Reino de las Hadas. La carcomía la culpa de haber dejado a su esposo y su reino atrás, pero el consejero tenía razón: no le serviría a nadie muerta.

El castillo se volvía cada vez más pequeño a sus espaldas a medida que el carruaje se alejaba de la devastación. Al poco tiempo, atravesaban un bosque y lo único que la reina podía ver fuera durante kilómetros eran árboles oscuros alrededor de ellos.

Incluso después de una hora de viaje, la Bella Durmiente estaba igual de asustada que antes. No dejaba de susurrar en voz casi imperceptible “Ya casi llegamos... Ya casi llegamos...”, aunque no tenía idea de cuán cerca se encontraban del Reino de las Hadas.

De pronto, un *whoosh* agudo se oyó entre los árboles. La Bella Durmiente miró por la ventana justo a tiempo para ver cómo un soldado y su caballo salían disparados por los aires hacia el bosque que estaba junto al sendero. Otro *whoosh* se cernió sobre ellos, y otro guardia y su caballo fueron arrojados hacia los árboles del otro lado del camino. *Los habían encontrado.*

Cada segundo estaba lleno de gritos de horror provenientes de los soldados y de los caballos al ser arrojados al bosque. Lo que fuera que se encontrara allí afuera, los estaba atacando uno por uno.

La Bella Durmiente se agazapó, temblando en el suelo del carruaje. Sabía que solo era cuestión de tiempo antes de que todos los soldados desaparecieran.

Un último ataque se llevó a la guardia montada restante; sus gritos resonaron en la noche. El carruaje chocó contra el suelo, cayó sobre un lateral y derrapó unos metros hasta que se detuvo. Ahora, todo el bosque estaba en silencio. No había ningún sonido de soldados heridos o de caballos. La reina se encontraba completamente sola.

La Bella Durmiente se arrastró a través de la puerta del carruaje y, con cuidado, bajó al suelo. Estaba renqueando y sujetó su dolorida muñeca izquierda, pero estaba tan asustada que apenas sentía sus heridas.

¿Había terminado el ataque? ¿Sería seguro pedir ayuda o buscar sobrevivientes? Seguramente, si lo que sea que estaba allí afuera la quisiera muerta, ya la habría asesinado.

La Bella Durmiente estaba a punto de pedir ayuda cuando un destello enceguecedor de luz violeta inundó el bosque. La reina gritó y cayó al suelo, cubriéndose el rostro por un



segundo. Olió humo, se puso de pie y miró a su alrededor. El bosque entero estaba en llamas y cada árbol se había convertido en una *rueca*.

Ya no podía negarlo; el mayor temor del reino se había hecho realidad.

–*La Hechicera* –susurró la Bella Durmiente para sí misma–.
Ha regresado.

